

EDUCACIÓN SUPERIOR EN EL MUNDO DEL SIGLO XXI

*Mario Magallón Anaya**

LA EDUCACIÓN EN EL SIGLO XXI

En la elaboración de todo proyecto educativo nacional, incluidos sus planes y programas de estudio de los distintos niveles, es necesario establecer como principios reguladores, valores de justicia y equidad en la libertad y confianza en la experiencia y solidaridad de comunalidad autogestionaria con nosotros y con los otros, de ello se derivan otros valores como igualdad, democracia y responsabilidad en el ejercicio pedagógico autogestivo cuyo resultado es la entrega en la construcción y reconfiguración de una sociedad justa, humana e incluyente.

Estado, sociedad, empresas, comunidades, sujetos sociales y ciudadanía de las diversas naciones de nuestra América han de tener como objetivo el compromiso de reconstruir a la nación y reconocer la diversidad plural, porque diverso y plural es el modo del ser humano. Es necesario romper con los imaginarios sociales

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-UNAM (mariom@unam.mx).

cimentados en las formas de poder dominante y de control del Estado de las organizaciones e instituciones económicas nacionales y globales y plantear un horizonte nuevo, más esperanzador, que supere el carácter racista, excluyente, los problemas de género, indígenas, de los trabajadores(as), ancianos, marginados, excluidos, etc., en contra de cualquier forma que atente contra la dignidad humana. Es importante el diálogo, la comunicación libre y responsable en un espacio de respeto y tolerancia y de relación solidaria con nosotros (latinoamericanos) y con los otros (habitantes del mundo); con la naturaleza, el cuidado de sí mismo, del medio ambiente, de la vida en sus más diversas manifestaciones y expresiones.

El proyecto de educación requiere asumir el compromiso social, político y cultural para enfrentar las prácticas ideológicas, ejercidas desde los centros del poder económico y político mundial hacia los estados nacionales por el Estado global, a través de los consorcios internacionales diseminados en el planeta. Es fundamental analizar cómo se introyectan en la conciencia de los educados (educación formal) y de los no-educados (educación no-formal, excluidos e incluso los que nunca fueron a la escuela) la programación para que acepten, de manera natural, “esencial” y jurídicamente, la existencia de seres humanos de primera, de segunda y de tercera.

Los nuevos horizontes educativos de nuestra América y del mundo demandan replantearse con una visión nueva que redimensione las políticas educativas y la educación política desde una perspectiva más *ad hoc* a las condiciones ético-políticas del mundo global neoliberal; que recuperen al ser humano, al sujeto social y al ciudadano como un ente de derechos y obligaciones, desde el principio fundante universal del humano en la fenomenicidad del sujeto como ser situado y en situación histórico-temporal sin exclusiones.

Sin embargo, no ha sido hasta la actualidad el eje desde donde se educa en el mundo; la eficiencia y la eficacia del sistema neoliberal capitalista ha impuesto un sistema educativo por competencias, donde el ser humano sólo es un instrumento o parte del proceso,

pero no es el objetivo central de la educación. La ética es el horizonte regulador de un proyecto educativo que permite formar seres humanos libres, responsables y comprometidos solidariamente con la comunidad y la sociedad. De ahí que surge la necesidad de incorporar en los planes y programas de estudio una antropoética de la educación como una forma viable en la recuperación de la tradición, la historia y el sujeto social educable en la sociedad misma.

La antropoética de la educación es el medio para introyectar valores y principios que regulen el comportamiento humano y social como compromiso solidario, allí donde todos cuentan y valen en equidad y justicia. Por lo mismo, para asumir los riesgos racionales: “toda decisión política es un acto racional, libre y responsable, donde el político debe servir a la comunidad, no servirse de la comunidad”; ello implica dignificar la política y la educación política en su amplio valor ético de compromiso solidario con la sociedad, las comunidades y los seres humanos.

Sin embargo, cuando se reflexiona sobre ética y política, si hemos de juzgar por lo que se dice en la calle, en los medios de comunicación de nuestras sociedades, la ética se justiprecia al alza, mientras que se ha ido imponiendo un concepto de política muy empobrecido, alejado, en cualquier caso, de lo que fue el concepto clásico de la época griega, la política como fenómeno paralelo al nacimiento de la ética, que implica un ejercicio de solidaridad con la sociedad (con la *polis*). En nuestras sociedades actuales se identifica, por lo general, a la política con el engaño, la mentira y la manipulación de las personas. Existe una enorme desconfianza de la política y de los políticos, en particular entre los jóvenes.

Empero, hemos de señalar que desde nuestra postura filosófica, entre la ética y la política existe un continuo, una relación de continuidad co-implicada. En nuestro caso, en el *zoon politikón* moderno ya no hay justicia, virtud o felicidad dignas de ese nombre, los valores han quedado al margen de la sociedad, la política y el Estado-nacional moderno.

Por esta razón es imperioso oponerse ante cualquier forma de mediatización humana, porque el fin en la educación, del sujeto educable, no es medio sino fin del quehacer educativo. El fin corresponde construirlo a la antropología filosófica de la educación, la cual busca la humanización del saber, de la epistemología, los saberes que superen al tener como factor regulativo y reflexivo de la educación y la realidad educativa en la libertad y la confianza, es decir, ha de tener como eje al ser humano. Porque es la humanidad en su diversidad lo que constituye el objetivo y el fin de la educación.

La hermenéutica analógica, simbólica y semántica se ha mostrado lo suficientemente lábil, protéica, dialógica, analógica y dialéctica en la recuperación de nuestra tradición y legado para reinstalarnos en una realidad orientada hacia el compromiso y responsabilidad con los otros. La hermenéutica de la educación es la recuperación simbólica y creativa del ser humano moderno y racional. Lo cual implica reconocer que el mundo es diverso y plural, para ello es necesario reinterpretarlo y transformarlo.

El ser humano y la cultura son expresiones humanas diversas, plurales y complejas incluyentes.

Ello propicia la traducción, al menos como algo aproximativo y siempre con pérdida. Por eso también implica un reconocimiento de que no es posible rescatar toda la riqueza significativa que tiene la otra cultura y, sin embargo, concede que se da lo suficiente como para poder comprenderse y convivir. Sobre todo en el plan de la filosofía política, supone la capacidad del diálogo y lucha para que pueda darse una adecuada convivencia, mediante el intercambio de puntos de vista.¹

Es primordial afirmar que la educación es prioritaria en todo proyecto nacional; es el deber ser, el hipotético categórico impres-

¹José Alejandro Salcedo Aquino, *Hermenéutica analógica, multiculturalismo e interculturalidad*, México, Torres Asociados, 2005, p. 9.

cindible para no perder el rumbo de lo que queremos y lo que debemos ser. Desde este supuesto se derivan aquellos factores que han de determinar la calidad. Una pregunta obligada sería: ¿de qué calidad de educación estamos hablando? ¿De aquella que sólo responde a los intereses económicos, de producción, mercado y consumo como a las demandas de las grandes empresas nacionales y transnacionales?

La educación en general ha de responder a las necesidades sociales, políticas, económicas, de producción científica, tecnológica y cultural de los propios países. Desde un proyecto bien definido en cuanto a objetivos y metas, para que los latinoamericanos se incorporen a las llamadas competencias; éstas, más allá de cómo son ahora, se han de caracterizar por la producción de conocimientos de los sujetos del acto educativo, con ventajas para todos y no como la exclusiva de unos cuantos.

La educación en competencias ha de permitir la formación integral del sujeto para el cambio social, en el que todo ser humano esté incluido. Ésta es una condición necesaria, para que todos los ciudadanos del mundo sean incorporados en la sociedad del conocimiento como entes capaces de construir creativamente el propio futuro.

La sociedad requiere del compromiso de los gobiernos, la garantía de una educación para todos. Por esta razón, se busca redimensionar el papel que ha de jugar la educación en el siglo XXI, factor de convivencia y de relación entre los sujetos sociales y los ciudadanos autónomos con la capacidad de decidir sobre su futuro.

La sociedad de conocimiento ha de estudiar las complejas relaciones de la vida humana que respete las autonomías de los individuos, de los grupos, de las comunidades y propicie una educación en valores solidarios de justicia y equidad con todo ser humano.

La complejidad de la vida humana contemporánea hace necesario replantear y redimensionar la función de la educación a fin de conformar en los individuos un comportamiento societario que abarque

lo doméstico, lo colectivo y lo político; que permita una convivencia ordenada que se funde en la autonomía personal centrada en valores morales. La educación para la convivencia es un proceso continuo que representa el anhelo de formación humana que, a su vez, permite generar en los individuos una personalidad autónoma creadora y convertirlos en seres sociales participativos. De ahí que la educación para los años por venir requiere de introyectar en (ella) una serie de principios que lleven a la persona y a los grupos a *I*) ejercer su autonomía sin destruir su orden y formar la identidad global sin destruir la identidad particular.²

Los marginados no son importantes consumidores en el sistema neoliberal capitalista y, por lo tanto, no están fuera del “círculo perverso” que reduce la existencia de la vida cotidiana a la necesidad de posesión, *del tener en oposición al ser*, donde la existencia es la acumulación de objetos, de cosas, por las que se pretende “afianzar” al ser como objeto, cosa, no como ser humano.

Empero, en el proyecto educativo del tener y no del ser, los pobres quedan al margen de cualquier proyecto de desarrollo humano. En la perspectiva neoliberal, aquéllos son entes devaluados y representan un excedente sobrante y prescindible. Es importante estar conscientes de este gravísimo problema en la medida que en el imaginario ideológico-social “existen seres humanos que fundan su valor en la capacidad de compra y de consumo”. A diferencia de los otros: pobres, marginados, excluidos y miserables, aquéllos no tienen la capacidad de consumo y sólo son consumidores potenciales.

Estos grupos sociales pobres y marginados conforman el lumpen, los parias de las urbes y de las zonas rurales de México, América Latina y del mundo; hoy en día el proceso capitalista global

² Regina Jiménez Ottalengo y Ana Teresa López de Llergo, “Educación, autonomía y orden en la sociedad mexicana”, en *Perspectivas y desafíos de la educación, la ciencia y la tecnología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 2003, p. 55

no los va a incorporar en el proceso productivo, hoy sólo sobreviven. Franz Hinkelammert ha señalado que en nuestra América los marginados, los pobres, ya ni siquiera “tienen derecho a ser explotados”. La evolución económica y social en la actualidad muestra que la mayoría de esta generación inmediata, como la precedente y la futura, que se está gestando desde ahora, no va a tener un empleo permanente, menos aún, seguridad social. Esto fue anunciado por Carlos Marx en *El Capital* y muy pocos en la actualidad quieren recordar, porque molesta e interpela a la conciencia ética de compromiso con los pobres, excluidos y marginados; por el contrario se busca olvidar e incluso ignorar que el mundo real es éste: de injusticia y desigualdad.

En este horizonte educativo, regido e impuesto por el Banco Mundial (BM) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la mayoría de los habitantes de América Latina y del Caribe no tienen cabida en el mundo global. Es decir, desde la perspectiva neoliberal globalizada una cantidad muy alta de los latinoamericanos marginados del mundo son prescindibles. Porque carecen de los conocimientos científicos y tecnológicos para incorporarse al proceso productivo posindustrial, cibernético y “neoindustrial poscapitalista”.

El desarrollo de la ciencia y tecnología de exportación de las grandes empresas globales compite con la mano de obra calificada, la no calificada queda fuera y reducida su capacidad competitiva en el mercado laboral de producción neoindustrial. En la actualidad, disminuyen más las oportunidades de empleo a los trabajadores en las industrias de tercera generación que operan con eficiencia, eficacia y calidad a través de sistemas computarizados de alta especialización científica y tecnológica.

Las empresas pequeñas, medias nacionales y los trabajadores del “mundo en desarrollo” en los diversos niveles productivos no cuentan con las posibilidades ni los medios económicos, políticos, sociales de información y comunicación, ni los conocimientos en

cibernética y robótica para incidir en los niveles de competencia que demanda la producción, el mercado y el consumo mundiales.

Por lo anterior podemos decir que una institución (educativa) es de calidad si, y sólo si, cumple con la misión que le ha sido encomendada y satisface las expectativas de sus “clientes” y “accionistas”. Es decir, de sus estudiantes, quienes proveen fondos y, en forma general, la sociedad. No obstante ello, esta generalización varía de país en país. Es importante destacar, para juzgar la calidad de los programas: *a)* la pertinencia de la misión de los centros de educación superior con el modelo establecido, y; *b)* la manera como ésta se lleva cabo. En otras palabras, que haya cumplido con las pautas y criterios de evaluación establecidos fuera de las universidades e institutos de educación superior. Esta propuesta resulta interesante en la medida que pone un mayor cuidado en la calidad real del *producto educativo* que se oferta, lo cual puede medirse por la facilidad con la que encuentran sus egresados empleos o, según se señala, por su desempeño social. Empero, este aspecto no está comprobado, más aún, podemos decir que es cuestionable en tanto que no se establecen las formas para poder medir la calidad de dicho “producto”.³

En la actualidad, en México es más frecuente que a través de los medios de comunicación se denuncien las deficiencias de la educación en los diversos niveles: básico, bachillerato, superior y posgrado; empero, hasta ahora estas carencias son demasiado confusas e inconsistentes; es decir, las críticas son poco puntuales, o están orientadas a las necesidades personales o de grupos, pero de ningún modo existe un interés nacional para mejorar la calidad de la educación. Esto se observa en la Reforma Integral de la Educación Básica (RIEB), donde el objetivo de la formación del ser humano se desvanece y se pierde en formas y prácticas eficientistas y de control.

Una expresión cualitativa de esta situación son las evaluaciones permanentes de la OCDE y los países miembros, donde éstos en

³ Mario, Magallón Anaya, “Calidad de la educación superior”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 75, México, UNAM, junio de 1999, pp. 74-83.

América Latina se encuentran en la última posición en conocimientos y habilidades en lectura, matemáticas y ciencias.

Lo anterior demanda interrogarnos: ¿desde qué criterios se realiza dicha valoración? No es suficiente decir que la educación mexicana y latinoamericana está en crisis, eso es multisabido, no sólo en la región sino en el mundo. Pero es importante, al hacer juicios de este carácter, establecer los supuestos desde los cuales se analizan, critican y se plantean proyectos nuevos de evaluación. Intentemos analizar, a partir de la experiencia educativa cotidiana —inmersa en la realidad social y económica y desde los valores de eficiencia y eficacia, regulados por las demandas de producción, del mercado y del consumo y la inserción en las competencias profesionales de la producción mundial— si es viable ¿plantear un proyecto alternativo de educación que supere la crisis y ponga en el rumbo adecuado el desarrollo de nuestros países? Ello exige preguntarse también si dicho proyecto se plantea ¿desde las demandas de las empresas posindustriales, de las tecnologías globales, que están por encima de los proyectos de desarrollo nacionales y de los objetivos fundamentales como el desarrollo intelectual y material de los seres humanos? Más aún ¿es posible recuperar al ser humano como centro y fin de la educación?

Es necesario poner en cuestión los supuestos y objetivos de este tipo de educación, sobre todo aquella que privilegia el mercado, la producción de mercancías y el consumo que condicionan y determinan los tipos de contenidos y aprendizajes que deben impartirse en los países de América Latina y el Caribe.

La llamada sociedad del conocimiento en nuestros países es excluyente de las mayorías, porque los incluidos en ellas no son productores de ciencia y tecnología sino, más bien, aplicadores mecánicos de éstas. En consecuencia, preguntémosnos si: ¿la educación educa o sólo capacita “técnicos calificados” y profesionales que realizan un trabajo de “maquila”? La realidad muestra que éstos no hacen investigación ni ciencia ni tecnología, su labor es de ejecutores mecánicos de las nuevas tecnologías; la creatividad y la

racionalidad han sido mediatizadas. En la actualidad se muestra que a las nuevas generaciones de América Latina y el Caribe se les ha robado el futuro y están condenadas a la incertidumbre, desempleo, miseria y al caos existencial, sin horizonte de sentido. ¿Dónde quedó la educación del ser humano como sujeto social comprometido y responsable consigo mismo, con la sociedad y la nación? Para rescatar a los seres humanos como centro de todo proyecto: antropológico, político, social, económico y cultural se deberá defender el derecho a repensar y replantear los objetivos y fines de la educación en todos los niveles y cumplir con un proyecto integral incluyente e integrador de todos los seres humanos.

Es fundamental dar la ofensiva al neoliberalismo con orientación y resistencia para planear una alternativa que propicie el diálogo y la negociación que abra la posibilidad de construir una nueva historia, ante un fenómeno que demanda luchar por un mundo mejor, más humano, ante la incertidumbre de futuro. En todo caso, se demanda una creciente conciencia y organización, con conocimiento lúcido que recupere el legado, la tradición e incorpore las novedades en ciencias, humanidades, tecnologías y artes.

Por ello es necesario reestructurar la educación y vincularla con los estudiantes y con profesores en todos sus niveles. Esto obliga a repensar el nuevo modelo de universidad y de educación superior que apoye a nuestras grandes instituciones de educación y combine las formas tradicionales como formas mixtas entre las humanidades, las ciencias con la electrónica, la cibernética, la telemática, con la nuevas tecnologías informáticas y las redes sociales, en la organización, negociación y consenso para la acumulación de fuerzas favorables al interés general y al bien común de la sociedad en la educación.

Todo lo cual implica la creación de nuevas instituciones abiertas a la enseñanza renovadora de las ciencias sociales, naturales y las humanidades; con una producción de materiales didácticos de excelente calidad para el aprendizaje y la autoevaluación, cuyas formas de certificación no sean utilizadas como filtro, sino como

garantía para los educandos y los educadores en el desarrollo integral del ser humano.

La educación obligatoria, gratuita y laica que imparte el Estado, establecida en México en la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* (y en algunas constituciones de la región), a través del tiempo y con los vaivenes políticos se ha devaluado. Ejemplos de esto es la obstinación y tosudez de los gobernantes que traen a la mesa de discusión el problema de la educación a partir de principios cientificistas, y supuestamente modernos, con los que buscan mostrar las deficiencias, pero, en la actualidad, muy poco han hecho por mejorar. Los países en nuestra América se lanzan como en la leyenda de Sísifo a una empresa educativa que cada vez, con las demandas del momento, hay que reiniciar.

La educación en la región debe ser continua y transformadora de la realidad material del ser humano y de la sociedad. La educación se inicia en la cuna y termina con la muerte. En consecuencia, la educación y los aprendizajes deben ser continuos y abiertos a la complejidad de la construcción de conocimientos y saberes de la educación, porque nunca se termina de educar ni de aprender.

Las formas y procedimientos didácticos de la actualidad han modificado las estrategias operativas, objetivos y fines de la educación. Su intencionalidad se concibe como una mercancía de “objetos”, de producción en serie, cuya calidad del producto está determinado por el modelo y las demandas internacionales de producción de la cibernética, la comunicación, las nuevas tecnologías y las redes sociales, controladas por los centros de poder económico mundial.

PRIVATIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN EN NUESTRA REGIÓN

Es importante evaluar e investigar el nivel de calidad de la educación en nuestros países; cómo y hasta dónde responde a los requerimientos del BM, del Fondo Monetario Internacional (FMI),

del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), de la OCDE y, en general, de las empresas globales, pero no precisamente al desarrollo del ser humano.

Históricamente, en el caso mexicano fue el gobierno del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), en atención a los dictados del BM, del FMI, del BID y del neoliberalismo, que inició una propaganda de desprestigio de la educación pública en todos sus niveles, y a la par que se estimuló la inversión en educación privada.

Así, se inició en las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX una tendencia privatizadora de la educación básica, media, media superior, superior y posgrado. Un argumento, desde el poder de los gobiernos en turno, es que la educación que imparten los particulares es de mejor “calidad” que la pública, la única con la capacidad para transformar al país y ponerlo a la cabeza de la modernización productiva.⁴

De esta forma:

La privatización es un fenómeno complejo que germinó de manera espontánea e inducida en la conciencia de los líderes y clientelas. En los propios países comunistas y populistas se desarrollaron relaciones informales de acumulación e intercambio en que los funcionarios aprovecharon su poder para ir acumulando pequeñas y grandes fortunas personales, ya directamente a costa del erario y mediante distintas formas de cohecho y peculado, ya por el intermedio del mercado negro y de la economía informal, legal o ilegal [...] —De tal forma— el neoliberalismo ganó la batalla de la privatización en la conciencia de las élites públicas. Los políticos privatizados se volvieron privatizadores. Iniciaron una nueva política de alianzas del capital corporativo y sus redes nacionales y globales [...] la privatización fue como “cosa de encanto”. Los privatizadores actuaron como “encantados”. Vivieron “el dulce encanto” de la corrupción bien educada, elitista.⁵

⁴ Cfr. Horacio Cerutti Guldberg, Iván Carvajal Aguirre *et al.*, *Modernización educativa y universidad en América Latina*, México, Magna Terra Editores, 1990.

⁵ Pablo González Casanova, *La universidad necesaria en el siglo XXI*, México, Era, 2001, pp. 21-23.

Los diversos grupos de poder económico-político, tanto internos como externos, culpan a los gobiernos anteriores, a las autoridades educativas, a los maestros y a los estudiantes de los fracasos de la educación pública; a eso se suma, la falta de recursos económicos. La inscripción de la educación superior privada creció de 10 % en los años ochenta, a casi 33 % a finales del siglo XX e inicios del XXI y ha ido *increscendo*.

La privatización de la educación superior en México obedece al sometimiento servil de los gobiernos en turno en la región y las directivas marcadas por los organismos internacionales de créditos y a las empresas globales. De tal manera que en el terreno de la educación, el neoliberalismo globalizador derivó en un proyecto general, en el cual no sólo se busca privatizar los servicios y los materiales didácticos, sino determinar cuantitativa y cualitativamente las necesidades y los objetivos del saber y del saber hacer, de acuerdo con los dictados internacionales neoindustriales.

El complejo problema de la política privatizadora y humanitaria se complica al revelar que la privatización de la educación implica, en las condiciones actuales de la economía mundial, una forma más de consolidar el sistema global y nacional de exclusión y marginación del empleo, de la alimentación, de la salud, de la habitación, del vestido; y que corresponde al proceso histórico del neoliberalismo y de la globalización como políticas predominantes del capitalismo tardío, un capitalismo que por ahora no tiene el menor viso de caer y ser sustituido por un sistema socialista alternativo [...]. La privatización provoca males innegables a la población nacional y por un mínimo sentido común debería ser detenida; pero tras ella se encuentran grandes intereses que han expresado sus proyectos privatizadores por todos los medios y en todos sus lenguajes escritos y electrónicos, a través de expertos de la OCDE, el Banco Mundial, la UNESCO, y a través de científicos sociales y publicistas afamados que dan cátedra en las grandes universidades y publican sus artículos y libros en revistas y periódicos como *The Economist*, *Scientific American*, *Financial Times*, *New York* o en las más notables editoriales.⁶

⁶ *Ibid.*, pp. 26 y 27.

Empero, la preocupación por fortalecer la educación pública se hace presente con cierta frecuencia en el discurso político, pero de forma muy particular en tiempos electorales. Partidos políticos, funcionarios y candidatos reiteran la alta prioridad que tiene la educación. Sin embargo, ni las quejas, ni las denuncias, ni los pronunciamientos retóricos sirven para mejorar efectivamente el funcionamiento del Sistema Educativo Nacional.

Por ello, más allá del realismo político es necesario indagar sobre el porqué de la crisis de la educación. Las razones que se pueden aducir son muchas, quizá la más importante es que en materia de educación se ha perdido la ruta, pues al “atender a tantos amos”, sobre todo de origen externo, se abandonan los fines educativos que persiguen objetivos nacionales con perspectivas e intereses propios.

Lo más lamentable es que no tenemos un proyecto educativo de mediano y largo plazo que responda a un plan de desarrollo nacional. Si a esto agregamos que no existe una prospectiva clara sobre el ciudadano que se desea formar, la situación se complica y se vuelve compleja, difusa y difícil de resolver desde las políticas educativas impuestas desde fuera y ejercidas por los gobiernos en turno.

El análisis tiene que ir más a fondo, para que dentro del todo educativo podamos comprender, que la mayor parte de las deficiencias en el proceso educativo tienen su origen en las características de la labor educativa, en su hacer y quehacer pedagógico sin compromiso ético-social. El ser educativo se ha convertido ya no en parte y fin de la educación sino, más bien, ha sido reducido a ser sólo parte del proceso, pero no en el fin de la educación, la cual consiste en la formación de profesionistas y profesionales con responsabilidad social.

Por lo mismo, existen carencias de objetivos claros que respondan a las necesidades nacionales y a la realización del ser humano; al igual que no existen procesos y métodos didácticos que hagan posible aprendizajes significativos de los contenidos de planes y programas de estudio en todos los niveles. Porque el proceso edu-

cativo, más allá de las concepciones de la tecnología educativa, debe ser asumido en una relación dialógica y de comunicación ejercida corresponsablemente entre educador-educando y educando-educador, comunidad-escuela y escuela-comunidad. Esto es, en una relación comprometida, asumida responsablemente en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Esto significa cumplir con el viejo, pero actual principio de Juan Amós Comenio: *aprender a aprender*, que retoma y resemantiza el biólogo y pedagogo francés Jean Piaget. En esta dialéctica didáctica y dialógica educativa: educador y educando deben ser reeducados como ejercicio y práctica transformadora del ser humano en su totalidad. Es decir, en lo ontológico, en lo óntico, en la existencia y en lo epistemológico. Porque sólo transformándose a uno mismo es posible transformar la naturaleza y el mundo.

Así, la educación debe ser medio y no fin para la formación de seres humanos ética y políticamente responsables y comprometidos; por ello, en la educación tiene que darse una *philia* y una *frater*, en una relación amorosa hacia al otro. Esto es volver al “desgastado” principio del *eros pedagógico pestalozzino*, que de haberse sostenido en la mística de los educadores, la situación que hoy se vive en cuanto a educación y relaciones humanas sería diferente.

Por lo tanto, educación sin compromiso y sin valores es educación despersonalizada y sin sentido antropológicamente humano. Esto es, precisamente, lo que se ha perdido con las prisas por dar respuesta a las demandas de un mundo de producción económica globalizada y excluyente de las mayorías. A la carencia de perspectivas con orientación nacional se han sobrepuesto las llamadas tecnologías educativas como procesos mecánicos de evaluación y “medición de la calidad”, las cuales tienen un carácter cuantitativo más que cualitativo.

Así, el *eros pedagógico* se quedó a la vera de la labor educativa porque ahora hay que fabricar máquinas de producción y de consumo, pero no seres humanos de razón, análisis, crítica y desarrollo de las potencialidades espirituales humanas que se expresan en

la creatividad y la producción cultural y humanística; donde el ser humano muestra y expresa su ser en los objetos de su creación y en todo lo que hace.

En este horizonte del desarrollo de la totalidad del ser humano, considero que “la moral cívica” y la ética pedagógica deben ser el eje de la educación y de los contenidos, porque una educación sin compromiso moral con la colectividad y consigo misma, carece de sentido y valor. Es una educación ciega sin un horizonte, salvo aquel que marca la OCDE, el BM, el FM y el BID. Esto es, aunque parezca anacrónico, como el extemporáneo principio herbartiano, pero aún con vigencia y actualidad: el eje regulador de la educación en todas las disciplinas de la enseñanza debe ser el de la moral y la ética.

Una moral comprometida con la nación, la sociedad y el individuo, porque la educación deberá tener una dirección y una orientación que profesionalice las diversas carreras de educación superior, para que sus egresados se incorporen al proceso productivo de forma comprometida y responsable.

En todos los ámbitos de la vida social y educativa, la solución de fondo implica democratizar el poder que gobierna y regular las relaciones de los contenidos de las currículas profesionales de acuerdo con las necesidades y las demandas reales nacionales y del mundo globalizado, donde deberá estar incorporada la nación y la sociedad en el proceso. Entre nosotros no han existido ni en la estructura jurídica ni en la práctica, instancias orgánicas cuyas autoridades educativas se relacionen con los ciudadanos e informen a la sociedad, en su conjunto, sobre aquello que les interesa en cuanto a la educación de los ciudadanos y menos aún, rindan cuentas sobre su desempeño.

Es decir, las iniciativas en la política educativa y en la educación política tienen que partir de un acuerdo democrático de voluntades que permita coordinar los objetivos, los métodos, las acciones de la práctica educativa como respuesta a las necesidades nacionales de crecimiento y desarrollo con justicia, equidad y solidaridad.

La socióloga Aurora Loyo Brambila, en su reflexión y análisis de la relación entre educación y ciudadanía en México señala que

Educar ciudadanos es una de las funciones más importantes que ha de cumplir la escuela. La escuela mexicana en el siglo XX fue una institución que hizo aportes sustantivos en ese sentido. A pesar de ello, en la actualidad el balance no es unívocamente satisfactorio ya que la escuela parece haber quedado retrasada respecto de las necesidades de formación ciudadana de una sociedad que aspira a ampliar el respeto a la legalidad y a la vida democrática, así como el combate a la corrupción y hacia todo tipo de conductas discriminatorias. Por otra parte, los aspectos relacionados con la identidad nacional, tal y como han sido tradicionalmente enseñados y reforzados en la escuela, requieren ser revisados. El objetivo consistiría en introducir ciertos cambios antes de que se siga debilitando la eficacia de la escuela en la producción de efectos centrípetos indispensables para la cohesión social y la integración de la nación. Así lo exige la globalización y en especial el proceso de integración derivado del Tratado de Libre Comercio y la interrelación cultural con los Estados Unidos. Igualmente acuciante es la necesidad de dar un salto cualitativo no sólo en el efectivo reconocimiento de la realidad pluriétnica y multicultural del país, sino en el logro de un compromiso activo de los ciudadanos a favor de los derechos de los indígenas y los marginados. En síntesis, la misión de la escuela en lo que a formar ciudadanos se refiere, es hoy una tarea mucho más exigente y compleja de lo que fue el siglo XX.⁷

Este es uno de los retos más grandes para el siglo XXI, por ello es necesario estimular un amplio debate tendiente a reforzar los aspectos curriculares relacionados con los procesos identitarios: nacional, regional y étnico, como a la formación ciudadana que garantice el desarrollo integral de los seres humanos.

⁷ Aurora Loyo Brambila, “Ciudadanía y magisterio: dos ejes para una reforma educativa”, en *Perspectivas y desafíos de la educación, la ciencia y la tecnología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 2003, pp. 50 y 51.

Por lo tanto, en la actualidad se vive una destrucción de la complejidad mundial. La complejidad es la característica de la producción humana.

Pablo González Casanova considera que

La desestructuración (o destrucción) del complejo mundial dominante implica la múltiple construcción y estructuración de las mediaciones de los pueblos, y de los nuevos poderes basados en el pluralismo religioso, político y cultural, que hagan realidad las mejores tradiciones del pensamiento democrático y socialista, participativo y representativo, de justicia o equidad social, así como el respeto a las soberanías y autonomías de las naciones y las etnias y a los derechos de las personas. La posibilidad de su realización aparece como el reto más importante para asegurar la continuidad de la especie humana.⁸

EDUCACIÓN SUPERIOR Y UNIVERSIDAD

Para ubicarnos en este tema es posible decir que si miramos un poco la historia de la educación superior y la universitaria encontramos que en el curso de los años setenta y parte de los ochenta del siglo XX, los proyectos de reforma estuvieron a la orden del día, no sólo en México sino en toda América Latina y en el mundo. Se pasó de la universidad de “élite” a la de masas.

En el inicio de los años setenta del siglo XX, ante el aumento de la matrícula en la educación superior encontramos a educadores, pedagogos, antropólogos e historiadores de la región latinoamericana preocupados por encontrar una alternativa diferente de universidad, esa que en aquel momento la llamó el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro la *universidad necesaria*, concebida como una universidad más nuestra y puesta al servicio del desarrollo de los países latinoamericanos y acorde con las demandas de los tiempos.⁹

⁸ González Casanova, *op. cit.*, pp. 21-23.

⁹ *Cfr.* Darcy Ribeiro, *La universidad necesaria*, México, CCyDEL-UNAM, 1982.

Es necesario impulsar una universidad que eduque con vistas a un proyecto transformador de la sociedad; que sea un mecanismo teórico y práctico que capacite al profesional egresado en la búsqueda de herramientas intelectuales, tecnológicas y en el desarrollo de habilidades y capacidades que permitan construir posibilidades concretas para cambiar las deficiencias de la educación superior en América Latina y el Caribe, y que busque dignificar al ser humano y a las comunidades sociales.

Ello, de ningún modo implica la conformación de un criterio de selección y clasificación de acceso a la universidad de los más desarrollados culturalmente, sino desde una forma equitativa e igualitaria de acceso a todos a la educación. Es un proyecto educativo que tiene como antecedente una educación de calidad en todos sus niveles, dentro de un horizonte educativo que incorpora a todos en un ejercicio racional, justo y democrático.

En la actualidad estamos urgidos de una universidad y de una educación superior pública latinoamericana y caribeña que se oponga a la supresión de la razón y al ejercicio de la voluntad y de la libertad. Es decir, que limite el ejercicio libre de pensar, sostenido por el proyecto neoliberal. Esto requiere oponerse a las formas de dominación que buscan imponer un solo modelo: el neoliberal global. Se trata de recuperar los valores de una “ética de la emergencia”, como bien apunta Arturo Andrés Roig.¹⁰

En nuestra América y en el mundo, la universidad y la educación superior deberán convertirse en el bastión de la contingencia, la resistencia y la democracia, a través del ejercicio crítico y creativo de la realidad opresiva y excluyente de las mayorías latinoamericanas, cuya práctica está comprometida con el desarrollo intelectual puesto al servicio de la sociedad. Se trata de una construcción

¹⁰ Cfr. Arturo Andrés Roig, *Ética del poder y la moralidad de la protesta. Respuesta a la crisis moral de nuestro tiempo*, Mendoza, EDIUNC, 2002.

de pensamiento filosófico crítico del estado de cosas existente en la región.¹¹

Horacio Cerutti Guldberg señala que ha de educarse en el pensamiento crítico.

Empero, un pensamiento filosófico radicalmente crítico no puede andar a la búsqueda de un sistema, mucho menos proponerse programáticamente construir un sistema que diera cuenta de la realidad como un todo. Esto por dos razones al menos. Primera, porque la complejidad de lo real y las diversas especializaciones y subespecializaciones que pretenden captarla han avanzado tanto y se han entrelazado tanto que no hay posibilidades ahora de un neohombre del Renacimiento que pudiera abarcarlo [...] porque esa articulación no es cuestión de un pensamiento binario, sino de unas combinaciones que tienen que ver no sólo con lo que es, sino con lo que va siendo, lo tendencial, con las posibilidades, con las decisiones, con los ideales y con la libertad humana [...]. Segunda, porque un pensamiento que responde a las necesidades de los más desposeídos, de los que no se benefician de la organización del mundo tal como está, no aspira a mostrar un cosmos ordenado [...] sino, en primera instancia, a denunciar la irracionalidad del (des)orden establecido.¹²

En términos generales, puede decirse que estos procesos coincidieron, con el paso del tiempo en nuestra región, con el proyecto neoliberal poniendo en cuestión la pertinencia de la universidad pública y la enseñanza que en ella se imparte. Se potenciaron y financiaron instituciones de educación superior privadas y elitistas, por encima de la llamada educación superior de masas. Lo cual obligaba a plantear la pregunta: ¿cómo educar en una universidad masificada sin la pérdida de su valor y calidad educativa de alto nivel?

¹¹ Cfr. Arturo Andrés Roig, *La universidad hacia la democracia*, Mendoza, EDIUNC, 1998.

¹² Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, CRIM-CCyDEL-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 132.

Darcy Ribeiro ofrece un proyecto de universidad de masas que busca rescatar la calidad de la educación superior. El texto de Ribeiro, en general, no ha perdido vigencia. Otro tanto ha realizado el sociólogo mexicano Pablo González Casanova,¹³ quien planteó —durante su corta estancia como rector de la UNAM y a pesar de la corriente en contra— un nuevo proyecto de universidad pública, contrario a los dictados de los planes económicos y las políticas impuestas por Estados Unidos,¹⁴ que limitaban el ejercicio y cumplimiento de una educación crítica y creadora de mundos científicos y humanísticos nuevos; epistemológica y éticamente más humanos y acordes con las necesidades del país y de la región.

El proyecto educativo y de universidad de Pablo González Casanova se encuentra nuevamente en discusión en cuanto a calidad y pertinencia. En la década de los setenta del siglo XX muy pocos vislumbraban el papel clave de la educación superior pública y la universidad y de sus esfuerzos conducentes al desarrollo y a la formación de recursos humanos de alto nivel y con excelencia académica.

Con frecuencia, a la universidad en México se le atribuye el papel de ser la “conciencia crítica de la sociedad” y el motor adelantado de ascenso social. Empero, el debate actual se caracteriza por la existencia de toda una escuela de pensamiento único promovida por algunos organismos internacionales de financiamiento, lo cual pone en tela de juicio la eficacia de la educación superior, especialmente, la pública. Se cuestiona su eficacia económica y su rentabilidad social; se discute la prioridad y la cuantía de las inversiones destinadas a este nivel educativo.

El debate contemporáneo sobre la educación superior es más complejo. Lo que está ahora en juego es la confianza misma de la sociedad y del Estado en la educación superior pública. Sin em-

¹³ Cfr. González Casanova, *op. cit.*

¹⁴ Cfr. J. C. Portantiero, L. Maira *et al.*, *América Latina: proyecto de recambio y fuerza internacional en los 80*, México, Edicol, 1980.

bargo, ésta debe ser uno de los medios privilegiados con los que cuenta una nación para promover su desarrollo humano endógeno y el fortalecimiento de la identidad nacional, como un modo de asegurar la autodeterminación y el futuro.

Cada época histórica en América Latina ha estado en consonancia con el modelo de desarrollo económico y social prevalente. Por ello, se ha visto en la necesidad de rediseñar la formación de las élites dirigentes y profesionales. Pero mientras que en el pasado ésta se concretaba en las llamadas “reformas universitarias”, generalmente promovidas por las propias comunidades académicas ligadas con propósitos democratizadores y de transformación social, los procesos actuales apuntan a una redefinición de las relaciones entre el Estado, la sociedad y la universidad. Ahora, ya no siempre la iniciativa de formación de cuadros profesionales parte de los sectores académicos, sino de las demandas externas a la academia.

A diferencia de las décadas anteriores encontramos una sociedad crítica de la universidad, porque ésta debe rendir cuentas ante públicos externos a ella. En la actualidad, la universidad es un sistema de educación superior cuyo actor tradicionalmente excluido bajo el concepto de autonomía, es copartícipe y protagonista del cambio. Más aún, la universidad pública ha sido puesta al servicio y los dictados del BM, el FMI y la OCDE, donde se mediatiza o se suprime en los planes y programas de la educación media superior el estudio de las humanidades y las ciencias sociales. Es decir, la miopía de los gobiernos responde a los dictados de las organizaciones internacionales y de crédito, sacrificando la conciencia y la identidad nacional.

La humanidad ha entrado en un proceso acelerado de cambios que se muestran en todos los ámbitos del acontecer político, social, científico y cultural. Se está viviendo el inicio de una nueva era civilizatoria donde la educación como conocimiento e información desempeña un papel central.

Conviene señalar que el hecho de haber arribado al siglo XXI no ha sido ni es una fecha mágica que por sí sola va a transformar el mundo. Los cambios profundos son el resultado de grandes procesos de gestación, por lo tanto no surgen como consecuencia de fechas convencionales ni mucho menos con la gran crisis económico-social mundial.

En realidad el siglo XXI, según algunos especialistas: filósofos, historiadores, antropólogos, sociólogos, entre otros, empezó a perfilarse desde las dos últimas décadas del siglo XX. Por otro lado, no todos los países ni todas las sociedades ingresaron en el nuevo siglo al mismo tiempo. Incluso, dentro de un mismo Estado-nación los sectores modernos acceden más pronto al conocimiento y a la educación formal dialógico-comunicativa que los tradicionales.

Los probables escenarios para América Latina y el Caribe demandan analizar con detalle lo que significó para nuestra región la “década perdida” de los ochenta y la situación actual. Algunos especialistas de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) denominaron a la década de los noventa como la “década de la esperanza”, porque, según su pensar, se logró frenar la hiperinflación, equilibrar los indicadores macroeconómicos y mostrar indicios de un renovado crecimiento. Ahora este nuevo fantasma parece renacer en el horizonte de nuestra América.

La crisis económica mundial de la actualidad reduce las expectativas de las mayorías, las estrategias de los gobiernos en el ámbito mundial parecen no responder a las demandas de la situación extrema y compleja de la economía en el mundo. La pobreza, la miseria y el hambre ya nos han alcanzado.

América Latina es la región geográfica con la más injusta distribución de la riqueza, el Banco Mundial la presenta como el espacio con “la más extrema polarización distributiva en el mundo”. Más de 250 millones de personas se encuentran en la pobreza, más de la mitad de estas personas viven en extrema pobreza o en la miseria extrema.

En la actualidad, concluida la primera década y avanzada la segunda del siglo XXI, la situación económica se complejiza, de tal forma que los niveles de desempleo en el mundo son inmensos, pues más de 50 millones de la población económicamente activa se encuentran en desempleo total, la crisis económica ha lesionado las relaciones económicas en el nivel global y amenaza la estabilidad política internacional; ahora a través de los países ricos se intentan nuevas estrategias para abatir la crisis en todas las expresiones: social, económica, política, ética, cultural desde horizontes de una economía especulativa no fundada en los sistemas productivos. Por ello es necesario buscar redefinir una nueva forma de organización del empleo y de redistribución más equitativa de la riqueza y replantear maneras de convivencia y de relación social comprometidas con todo el género humano.

Por otro lado, como parte del problema global aparece el tráfico de personas y el narcotráfico que han lesionado las relaciones sociales y la seguridad mundial, en especial, en algunos países de América Latina; como consecuencia de esto resurgen nuevas formas especulativas de competencia y de mercado; la trata de personas ha disminuido las expectativas de las libertades de los seres humanos y nuevas formas de esclavitud se hacen presentes; la “piratería” es otro modo de competencia y de tráfico que favorece el desequilibrio económico mundial; la destrucción de la ecología ha generado escasez de agua y el pronóstico de la vida empieza a ser devastador en el planeta. Poco claros empiezan a perfilarse, que de no planear y plantear maneras de enfrentarlos, las consecuencias pueden ser devastadoras para nuestra América y el mundo actual.